

La primera manera de traducir, bien que, considerada en general, perfectamente legítima, parécenos ofrece en este caso particular alguna dificultad. Es cierto que *δια* se toma no pocas veces en el sentido de *a través de*; pero envuelve entonces la idea de separación (*a través de la campaña, a través de las regiones superiores*), lo cual no se verifica en nuestro caso. En pro de la segunda versión pueden ciertamente aducirse no pocos ejemplos (*a lo largo del mar, a lo largo de la colina*); pero en estos pasajes parece suponerse una muy corta distancia y aun casi contacto, de suerte que la expresión *a lo largo* viene a ser sinnónima de *al lado*, añadiendo empero la idea de movimiento. Y si es así, la frase de Josefo difícilmente permite un intervalo de casi 1/2 km. (1). En nuestra manera de interpretarla se evita una y otra dificultad. Cuando el muro alcanza el punto más septentrional nota Josefo que se halla frente (*αντικρυ*) al monumento de Elena, designación muy propia, ya que la distancia del mismo era de unos 300 m.; y después de tomar la dirección Sudeste y llegar muy cerca de las cavernas reales, dice que corre al lado de éstas, las cuales se consideran evidentemente no como un punto, sino como teniendo una cierta extensión.

Por lo que hace al elemento arqueológico hemos de confesar que la primera visita a los muros hallados, y entonces aún al descubierto, no nos dispuso favorablemente a su identificación con el muro de Agrippa. Este, en efecto, al decir de Josefo, estaba sólidamente construido: bloques enormes, colocados sin duda con perfecta regularidad, pues no era obra que se hiciese aprisa y corriendo ante el peligro de una guerra inminente, sino en período de paz y de grande prosperidad. Esto contrastaba evidentemente con la índole del muro encontrado: no pocos bloques veíanse puestos sobre otros de una manera irregular, como si el trabajo se hubiera hecho apresuradamente; ni eran todos de la misma dimensión, antes varios bastante pequeños. Ciento que no faltaban hermosos sillares dignos del tercer muro; pero ningún inconveniente hay en suponer que varios materiales de Agripa fueran tomados y usados por los nuevos construc-

(1) Debemos advertir, con todo, que el R. P. Francisco Zorell, de reconocida autoridad en esta materia, es de opinión que la distancia no es obstáculo para que dicha partícula se traduzca *a lo largo de*. ("La significación de *δια a lo largo de; entlang, längs; le long de*, todos los diccionarios griegos [Passow, Pape, Liddell-Scott, Bailly] lo reconocen. No me parece que la distancia sea un obstáculo para esta explicación").

tores. Tal fué nuestra primera impresión; pero bien nos guardamos de formular un juicio. Este debe ser la resultante de los varios elementos comparados y contrastados entre sí.

Uno de los que parecen hablar en pro de la identificación del muro hallado con el de Agripa es el histórico. Bien que los varios trozos de muro descubiertos no alcanzan sino la longitud de unos 200 metros (la longitud de toda la extensión es de unos 550 m.), no parece caber duda que se trata de una línea de defensa propiamente dicha y de no escasa importancia. Ahora bien, este muro, si no es el de Agripa, no ha dejado de sí rastro alguno en la historia; en toda la literatura así rabíniça como clásica y cristiana no se descubre ni la más ligera referencia a tal construcción (1). Nadie negará que tal silencio no deja de ser extraño.

Con todo, no es éste, a nuestro juicio, el argumento más eficaz contra la atribución del muro a Barkokeba. Podríase con razón recordar lo efímero de la obra realizada por el hijo de la estrella: apenas terminada cayó al golpe de las catapultas romanas. Ni tuvo el caudillo de la segunda insurrección un Josefo, que inmortalizara sus proezas, como lo tuvieron los héroes de la primera.

Otra consideración se ofrece espontáneamente, cuya fuerza difícilmente cabe eludir. Demos por supuesto que el tercer muro coincidía con el muro actual. Barkokeba y sus secuaces, al dar el grito de guerra, encontraron puestos ya los fundamentos de un muro al Norte de la ciudad (2), y quizá en algunos puntos se levantaba a una cierta altura. No había sino fabricar sobre los cimientos ya existentes, tanto más que el tiempo urgía, y la obra tenía que llevarse al cabo lo más pronto posible. Ahora bien, en tales circunstancias los insurrectos, en vez de aprovecharse de lo que estaba ya hecho, lo deshacían; sacan de las zanjas los enormes bloques—cosa por cierto nada fácil—para transportarlos a una regular distancia más hacia el Norte; abren allí nuevas zanjas para levantar otro muro de nueva planta. ¡Como si no tuvieran otra cosa en que ocupar el tiempo! Y ¿con qué objeto? Sin duda se creerá que para facilitar la defensa de la ciudad. Pues todo lo contrario: para hacerla más difícil. En efecto, el nuevo muro era notablemente más largo que el de Agripa, y por consiguiente

(1) *Los Fragmentos de una obra sadoquita*, aducidos por el R. P. VINCENT (RB 1928, 337 ss.), no cabe tomarlos en seria consideración. Cf. *Third Wall*, p. 58 ss.; DALMAN, *Jerusalem*, p. 95 s.

(2) Por suposición, el muro empezado por Agripa.

primero (1), extendiéndonos algo más en el trazado de los muros segundo y tercero.

Es punto hasta nuestros mismos días controvertido si el primer muro de Josefo en su extremo Sudeste comprendía a no la piscina de Siloe. El pasaje que parece debiera ser decisivo en favor de una u otra hipótesis es el del mismo Josefo, BJ V 4,2, donde se da una descripción minuciosa del curso que sigue la muralla. Desgraciadamente no es así. Las palabras que hacen más al caso *κατειτα προς νοτον υπερ την Σιλωαν επιστρεφον πυγην* son susceptibles de tres distintas interpretaciones: Desde la puerta de los Esenios el muro, corriendo del lado Sur (no, *hacia* el Sur, pues su dirección era más bien hacia el Este) daba vuelta, 1), *por* la fuente de Siloe; 2) o bien, *por encima*, es decir, por el lado superior de...; 3) o finalmente, *al otro lado* de... De estas varias maneras cabe traducir la partícula *υπερ*. En 1) y 3) nada se dice sobre si el muro pasaba a la derecha o a la izquierda de la piscina; en 2) empero corría por el lado izquierdo, o sea, occidental, que es el más alto, dejando por consiguiente la piscina fuera de los muros. Que ésta sea la verdadera interpretación creemos poderlo deducir con cierta probabilidad de la frase que inmediatamente sigue: *ενθεν τε παλιν εκκλινον προς ανατολην επι της Σολομωνος κολυμβηθραν*.

Ignoramos dónde estaba la piscina de Salomón (2); pero de todos modos es cierto que desde Siloe el muro se inclinaba e iba a subir, sin duda, por el borde Este de la colina oriental, puesto que se añade luego que, pasando por el sitio llamado Oflas, llegaba al pórtico oriental del templo. Ahora bien, si el muro pasaba por la derecha de la piscina de Siloe dejándola encerrada dentro de la ciudad, ninguna necesidad había de una desviación, ya que dicho muro seguía sencillamente la línea recta (3). Concluimos, pues, que el texto de Josefo, tomado en su integridad, parece demostrar que la piscina de Siloe caía fuera del primer muro.

Esta conclusión se confirma con otro pasaje del mismo Josefo,

(1) Para una descripción particularizada del mismo remitimos a los muchos trabajos que sobre esta materia se han publicado: véase, p. ej., P. Séjourné, RB 1895, 37-47.

(2) Hay quien la identifica—creemos que con poca probabilidad—con la fuente de Gihón, o sea, la llamada fuente de la Virgen. Sería más bien una piscina excavada en el fondo del Cedrón.

(3) Y eso, tanto si se vierte *προς ανατολην* por “hacia el Este”, como—y ésta es, a nuestro juicio, la verdadera traducción—por “*del lado* Este”.

mientos (1). Ignoramos por otra parte, como observan Sukenik y Mayer (l. c. p. 55) si los puso igualmente en toda la línea, o si escogió varios puntos, de suerte que el muro se construyese no de una manera regular en toda la línea, sino por partes, y que luego algunas de éstas se quedaran aun sin los cimientos. Es cierto que en la primera insurrección los judíos completaron los muros (2), sin duda con grandes prisas; y efecto por ventura de esa manera precipitada (3) en el construirlos fué que a los quince días de asedio cedían al ímpetu de los proyectiles de las legiones romanas, que luego los arrasaron. Quien tenga en cuenta todas esas vicisitudes, o en otros términos, quien se coloque en el terreno de las realidades históricas, creermos que se mostrará muy reservado en hacer valer la irregularidad del muro hallado contra la identificación del mismo con el de Agripa. Lo repetimos: tal vez no sea posible dar positivamente razón cumplida de todos y cada uno de los pormenores; pero tampoco es esto necesario. La conclusión ha de brotar no de la consideración de

(1) πανεται θεμελιους μονον βαλομενος (*BJ* V 4,2). Quizá no haya de tomarse esta expresión del todo a la letra. En otros pasajes habla Josefo en términos más generales: en *BJ* II 11,6 dice que Agripa murió antes que acabara de levantar el muro (*πριν υφωσαι το εργον τελευτησας*); y en el mismo sentido poco más o menos se expresa en *Ant.* XIX 7,2. De todas maneras, ello es cierto que cuando Cestius Gallus, el año 66, marchó contra Jerusalén, ninguna resistencia parece haber encontrado en el tercer muro, el cual ni siquiera se menciona (*BJ* II 19,4); observación que justamente hace el P. VINCENT ("Il ne paraît pas que cette ligne fortifiée ait existé, ou du moins qu'elle ait géné le moins du monde l'accès de la ville quand le légat imperial Cestius Gallus, en octobre 66, marche contre Jérusalem", *RB* 1908, 193). Esto parece indicar que la construcción del muro se había interrumpido ya en sus comienzos; a menos de suponer que en el intervalo del año 44 al 66 los judíos lo habían deshecho, de lo cual empero ningún indicio positivo tenemos. De todos modos, al tiempo de la primera insurrección se hallaba en estado rudimentario.

De la referida interrupción aduce Josefo tres causas distintas: El temor de excitar los recelos de Claudio (*BJ* V 4,2); la prohibición positiva del emperador (*Ant.* XIX 7,2); la muerte del mismo Agripa (*BJ* II 11,6). Pero estas diferencias—que ahora no nos interesan—no afectan en nada al estado del muro al tiempo que fué interrumpida su construcción. Los textos citados pueden verse reunidos en *RB* 1908, 192, donde—y también en *RB* 1927, 518-520—se les da un alcance que, a nuestro juicio, no corresponde quizás del todo a la realidad objetiva.

(2) *BJ* V 4,2; cf. *BJ* II 20,3; 22,1.

(3) Hay que convenir, sin embargo, en que esta precipitación no se armoniza fácilmente con la descripción que traza Josefo (*BJ* V 4,3) del tercer muro. Tal vez haya en ella un tanto de exageración.

una dificultad, sino que debe ser el resultado del conjunto de argumentos y dificultades debidamente comparados y contrastados entre sí.

El P. Vincent (1) estudia con gran lujo de pormenores los "vestigios arqueológicos" en el actual muro septentrional de Jerusalén, y en particular el Qasr Djalud dentro del colegio de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, y la Puerta de Damasco. Ambas ruinas hacen remontar, al menos parcialmente, al tiempo de Agripa, de donde naturalmente se sigue que formaban parte del tercer muro.

Formular un juicio competente sobre este punto particular supone una práctica y larga experiencia, que nosotros no tenemos. Lo que sí podemos decir es, que en los pocos años que llevamos en Palestina más de una vez tuvimos ocasión de ver cuán fácilmente puede uno engañarse en la determinación de fechas, cuando no se cuenta con otros argumentos que el modo de trabajar las piedras y la manera de construcción. Recordamos que un muro, que por la forma en que estaba construido se atribuía confiadamente a Salomón, en el espacio de pocas semanas se hizo bajar a la época postexílica, como que debajo de dicho muro vinieron a encontrarse elementos inequívocos del período macabeo; y otro muro, tenido por los más como preisraelítico, distinguidos arqueólogos de reconocida autoridad lo dan como perteneciente a la época helenística. Por lo demás, cuanto a las ruinas de que aquí tratamos (Qasr Djalud, Puerta de Damasco) pueden verse Dalman (2) y Galli (3), quienes piensan que tuvieron su origen en la última época romana ("aus spätrömischer Zeit") (4).

Concluimos, pues, que, puestas en parangón las dos hipótesis; la que identifica el muro encontrado con el muro de Barkokeba, levantado en el siglo segundo, y la que, por el contrario, lo identifica con el muro tercero de Josefo, empezado en el siglo primero por Agripa, esta segunda debe tenerse por más probable.

(1) *RB* 1927, 522-548.

(2) *Jerusalem*, p. 99.

(3) *ZDPV* 1931, 82.

(4) No faltan quienes hagan bajar el Qasr Djalud al tiempo de los Cruzados; mientras que otros creen descubrir en ambas ruinas restos de la época preexílica, por tanto de los tiempos de la monarquía. Pueden verse brevemente indicadas estas varias y bien divergentes opiniones en el mismo P. VINCENT, *RB* 1927, 527, nota 4.

## AUTENTICIDAD DEL CALVARIO Y DEL SANTO SEPULCRO

La solución de este problema depende en gran parte de la dirección que seguía el segundo muro. S. Pablo dice que N. Señor “*extra portam passus est*” (Hebr. 13,12); y S. Juan: “*Et baiulans sibi crucem, exivit in eum qui dicitur Calvariae locum*” (19,17) (1). Si la basílica actual del Sto. Sepulcro caía dentro de la ciudad, es claro que los santuarios allí venerados no son auténticos. Que realmente fuese así varios autores lo han sostenido. Robinson da por cierto que el segundo muro corría directamente de la llamada Torre de David a la puerta de Damasco (2), y que de ésta retrocedía hasta la Antonia, y que en consecuencia la actual basílica del Sto. Sepulcro caía dentro de la ciudad. “La hipótesis, dice, que el segundo muro seguía un curso tal que dejaba fuera el pretendido sitio del Sto. Sepulcro es por razón de la topografía insostenible e imposible” (3). Y tan firmemente persuadido está de ello, que, aun dado caso que al tiempo de Eusebio hubiese existido una tradición—lo que Robinson niega, y de lo cual hablaremos más adelante—perdería todo su valor ante la fuerza de los argumentos en contrario suministrados por la topografía (4). La misma conclusión, y por las mismas razones, sostiene Merrill (5). Macalister (6) se muestra más moderado; pero sostiene como punto extremo del muro la puerta de Damasco.

---

(1) “Der Ausdruck zeigt dass die Kreuzigungsstätte ausserhalb der Stadt lag” (WEISS BERN., *Das Johannes-Ev.*). De esto, en efecto, nadie duda; cf. ROBINSON, *Palästina* 2, 269; VINCENT, *Jérus. Nouv.*, p. 93.

(2) *Palästina* 2, 104-106. 272-274.

(3) “Unhaltbar und unmöglich” (*ibid.*, p. 275).

(4) “Wir sind nun bereit, einen Schritt weiter vorwärts zu gehen, und zu behaupten, dass, selbst wenn eine solche frühere Tradition existirt hätte, sie doch der durchaus widersprechenden topographischen Evidenz gegenüber kein Gewicht haben könnte” (*Forschungen*, p. 337).

(5) *Q St.* 1886, 24.

(6) *A Century of excavation in Palestine* 1925, p. 123 s.

Por ahí se ve de cuánta importancia es para nosotros estudiar con alguna detención y fijar en lo posible el trazado del que Josefo llama segundo muro.

Precisemos por de pronto las indicaciones del historiador judío (BJ V 4,2) (1), quien nos da los dos extremos del muro. "Tenía su principio, dice, en la puerta que llaman Gennat, perteneciente al primer muro". De solas estas palabras creemos poder concluir que el segundo muro dejaba al descubierto una parte del primer muro hacia el Occidente; es decir, que no tenía su punto de arranque en el ángulo formado por los lados septentrional y occidental del primer muro, sino un tanto hacia el Este. En efecto, la torre Hippicos se hallaba en dicho ángulo. De dicha torre ( $\alphaπο\tauου\ Ιππικου..$ ) dice Josefo (ibid.) que partía el muro septentrional. De la misma ( $\alphaπο\tauων$ ) arrancaba el occidental. Ahora bien, si el segundo muro hubiese tenido su principio en el ángulo mismo, y por consiguiente en la torre Hippicos, Josefo habría cierto señalado el punto de partida ya conocido, repitiendo  $\alphaπο\tauου\ Ιππικου$ , o bien  $\alphaπο\tauων$  (2). Cuando pues menciona otro punto de arranque, da bien a entender que dicho punto no coincide con el ángulo del primer muro. En consecuencia la puerta Gennat ha de colocarse al Este de la torre Híppicos, dejando entre ambos sitios un trecho del primer muro. Cuál sea la longitud precisa de ese espacio lo ignoramos, pues no se ha logrado identificar la puerta (3). Pero que realmente existía, nos parece bien comprobado por el texto mismo de Josefo (4).

(1) Más arriba, p. II, transcribimos la descripción íntegra de los tres muros.

(2) Cf. DALMAN, *Orte*, p. 397.

(3) Cuando desde la fortaleza, o sea, desde la puerta de Jafa, se baja por la calle dicha de David, si poco antes de llegar al cruce con el bazar cubierto (Suq es-Sabbaghin) que viene del Norte, se toma la calle de la derecha, a poco de andar se ve a la izquierda el arco de una gran puerta, ciertamente antigua. Dicha puerta se creyó era la puerta Gennat. Tal identificación carece de sólido fundamento. La rechazaba ya Robinson (*Forschungen*, p. 259 s.), a quien sigue el P. Vincent, RB 1902, 34-37, donde se citan los nombres de quienes practicaron allí excavaciones. El sitio preferido por el mismo P. Vincent (ibid., p. 39) es precisamente entre las dos torres Híppicos y Jasael. Pero aun la posición relativa de esas mismas torres no es de todo punto cierta.

(4) Algunos otros argumentos suelen aducirse para probar que el segundo muro dejaba al descubierto un buen trecho del primero, del lado occidental; véase, p. ej., el P. Germer-Durant (*Topographie*, p. 12), quien cita a Josefo BJ V 8,9; y Dalman (*Orte*, p. 397), quien se apoya en BJ V 6,2. A decir ver-

Del lado Este el muro segundo "se extendía hasta la torre Antonia". La indicación es clara, bien que no se especifica si paraba en su lado occidental, o si llegaba al oriental. Más probable parece lo primero, pues la Antonia ya de suyo constituía una fortificación y no necesitaría de nuevos muros. Con todo ambas hipótesis son posibles. La que ha de tenerse por de todo punto excluida es que el muro se adelantase hasta el ángulo Nordeste del templo. De ser así Josefo en ningún modo habría dicho que el muro iba hasta la Antonia, sino más bien que iba a juntarse con él templo, como lo había dicho dos veces a propósito del primer muro (*του τερου στοαν; στοα του τερου*) (1).

Los dos puntos extremos, pues, quedan, con ligeras diferencias posibles, bien asegurados. Pero ¿el trazado intermedio? Josefo se limita a decir que el muro no circundaba sino la región septentrional de la ciudad (*κικλουμενον δε το προς αρκτιον κλιμα μονον*). Si se toma en general y sin precisar los pormenores, dicho trazado parece estar suficientemente determinado por los dos puntos de arranque y de llegada. Pero esta determinación un tanto vaga no nos basta. Hay que ver, pues, si es posible recibir en este punto alguna luz de la topografía y de la arqueología.

Por de pronto es cierto que la conformación del terreno en nada se opone a que el muro siguiera tal dirección que dejara a su izquierda, y por consiguiente fuera de la ciudad, el Calvario. Si el muro corría poco más o menos por la calle del actual Instituto arqueológico alemán, es claro que, aun suponiendo que se adelantaba en línea recta,

---

dad, dichos pasajes no nos parecen suficientemente claros para poder sacar de los mismos una conclusión.

Schick fué de opinión que la junta del segundo muro con el primero se verificaba a cierta distancia de la Torre de David (ZDPV 8, 1885, 271); pero más tarde cambió de parecer (*ibid.*, p. 272), cambio ocasionado por el descubrimiento de vestigios arqueológicos en el interior de la puerta de Jafa, que son descritos allí mismo, p. 271. La misma opinión, y por idéntico motivo, ha aceptado el P. Vincent (RB 1902, 38; *Jér. Nouv.*, p. 86). A nuestro juicio, no tiene dicho descubrimiento fuerza suficiente para contrabalancear el texto de Josefo tal como lo hemos expuesto. Cf. Dalman (*Orte*, p. 397), quien considera dichos vestigios como parte del muro de Adriano. Allí mismo pueden verse algunas indicaciones bibliográficas sobre dichas excavaciones.

(1) Por esto dudamos que responda a la realidad objetiva el trazado del P. MEISTERMAN en *Le Prétoire de Pilate*, p. IX. Por lo demás, el mismo R. P. advierte al lector que la línea señalada es incierta.

iba a pasar al Este del Calvario. Pocos pasos más allá de la Erlöser Kirche, un tanto hacia el Oriente, se hallan las conocidas ruinas antiguas dentro del hospicio ruso, que parecen indicar la existencia de una muralla; y no sin probabilidad se cree que la gran puerta que allí se venera pudo bien pertenecer al segundo muro (1), y por ventura ser la misma, por lo menos cuanto al sitio, que fué santificada por el paso del Redentor, camino del Calvario. Más abajo, y precisamente en la sexta estación—de la Verónica—se descubrieron asimismo ruinas (2), que bien pudieron pertenecer al segundo muro. Por allí bajaría éste al Tyropoeon para ir a juntarse a la Antonia. En caso que el segundo muro tuviera su punto de arranque más hacia el Oeste y siguiera poco más o menos la calle dicha de los cristianos (haret en-Nasara) tampoco hay inconveniente alguno en que antes de llegar al Calvario torciese hacia el Este precisamente para evitar la colina ladeándola (3).

Se ofrece aquí espontáneamente una dificultad y es, que en la hipótesis propuesta el muro quedaba dominado por la colina del Calvario, inconveniente grave que los ingenieros de aquel tiempo debieron sin duda de advertir. Por de pronto se ha de tener presente que la colina no pasaría de unos cuatro o cinco metros de altura, y por tanto era fácil levantar el muro de manera que la dominara. Además, no es improbable que el muro estaba en aquella parte defendido por un foso, que lo separaba de dicha colina (4). Y finalmente, no es imposible, bien que no pueda probarse de un modo positivo, la hipótesis de Schick, quien supone haber existido allí una fortaleza destinada precisamente a defender aquel punto flaco (5).

No pretendemos dar a estos vestigios arqueológicos mayor importancia de la que se merecen: sabemos que el señalar la fecha de los mismos, y en general también de otros, los autores difieren no

(1) Cf. SCHICK, *ZDPV* 8 (1885), 266 ss.; VINCENT, *RB* 1902, 49 s.; 1907, 605 ss.; *Jérus. Nouv.*, p. 85 ss.

(2) Cf. SCHICK *Q St.* 1896, 215; VINCENT *RB* 1902, 55.

(3) Sobre el recorrido del segundo muro conforme a las ruinas halladas, cf. SCHICK (*ibid.*) con un diseño (Tafel VIII); VINCENT, *RB* 1902, 32-55, con dos diseños (p. 33.40), donde se señalan las ruinas.

(4) Cf. VINCENT *RB* 1902, 54; SCHICK *ZDPV* 8 (1885), 264.

(5) SCHICK, *ibid.*, p. 268.

poco (1): por nuestra parte no nos atreviéramos a tomarlo como base sólida para una reconstrucción segura y definitiva del segundo muro. Nos contentamos con decir que ellos dan una cierta probabilidad, y que en todo caso pueden servir de confirmación a otros argumentos de mayor fuerza.

Lo que sí cabe afirmar, y de un modo categórico es, que los argumentos aducidos por Robinson y los demás autores arriba (p. 44) mencionados, para probar que el segundo muro incluía el sitio ocupado por la actual basílica del Sto. Sepulcro, carecen absolutamente de valor.

Que las ruinas de la puerta de Damasco, a que Robinson da tanta importancia, sean parte del segundo muro es asercción puramente gratuita, sin fundamento alguno plausible. No creemos que en nuestros días ningún arqueólogo la sostenga. Al lo más se hacen remontar al tiempo de Agripa I (41-44, p. C.) (2). Otros (3) las atribuyen a una época muy posterior, como se ve, es aventurado fabricar una teoría sobre tan flaco fundamento.

Además, si el muro corría directamente hasta la puerta de Damasco, y luego desde aquí hasta la Antonia, es difícil sustraerse a la impresión de que tal recorrido tiene algo de violento, como que iba a formar un ángulo pronunciadamente agudo en dicha puerta.

Pretender que consideraciones topográficas, ya de suyo inciertas y en nuestro caso destituidas de todo sólido fundamento, tienen que prevalecer contra un relato, escrito, como luego veremos, por un autor, de cuyo discernimiento histórico y probidad científica poseemos fehacientes testimonios, es el colmo de la arbitrariedad.

De lo dicho podemos concluir que la topografía en nada se opone a que el sitio ocupado por la basílica del Sto. Sepulcro quedase al tiempo de N. S. Jesucristo fuera de la ciudad; y que la arqueología, por otra parte, hace probable dicha posición. Pero esto no basta: para adquirir la certeza en este punto hay que apelar al elemento histórico.

(1) Así, v. gr., como ya dijimos, DALMAN (*Orte*, p. 397) coloca en el siglo segundo, al tiempo de Adriano, el muro hallado en el interior de la puerta de Jafa, que el P. Vincent y otros creen formar parte del segundo muro (cf. más arriba, p. 45, nota 4). Por el contrario, las ruinas antiguas de la puerta de Damasco, que el P. VINCENT (*RB* 1927, 535) atribuye a la época de Agripa I, Robinson (*Forschungen*, p. 284) las considera como pertenecientes al segundo muro.

(2) P. VINCENT, *RB* 1927, 535.

(3) Véase arriba, p. 43.

Que desde el siglo cuarto hasta nuestros días existe una tradición no interrumpida en favor de la autoridad del Sto. Sepulcro, es cosa averiguada y que no admite la menor duda. La base, o si se quiere, la manifestación por escrito de esa tradición es el conocido relato de Eusebio. Todo el punto está por consiguiente en si dicho relato es fidedigno, y si refleja una verdadera tradición.

Eusebio (1), pues, hablando de cómo fué descubierto el Sto. Sepulcro, refiere que hombres impíos, con el fin de darlo al olvido, lo habían cubierto todo de tierra, y aun habían levantado allí mismo un templo a Venus (2), pretendiendo sustituir el culto de esta falsa diosa al culto de Cristo resucitado.

Conforme a este pasaje de Eusebio, de cuya veracidad no cabe dudar (3), la tradición referente a la autenticidad del Sto. Sepulcro actual remonta con toda certeza al siglo cuarto. Queda por ver si dicha tradición se había conservado intacta en los siglos anteriores.

Adriano, pues, por los años de 136 levantó los templos paganos sobre el Sto. Sepulcro y en la explanada del templo. Y precisamente, lo que él hizo para borrar la memoria de Cristo sirvió para perpetuar de un modo inequívoco la tradición sobre el sitio de sepulcro, que había visto su glorioso triunfo. Con su templo o estatua a la vista de todo el mundo, y siendo bien conocido el motivo por que se erigió, es claro que en los 180 ó 190 años (4), de que habla S. Jerónimo, no podía perderse la tradición. Esta por consiguiente remonta con certidumbre hasta los primeros lustros del siglo segundo. Ahora bien, ¿es posible que en el espacio de no más de un siglo se falseara una tradición sobre sitio tan venerado, puesto a la vista de todos, y donde aparecía el sepulcro mismo que fijaba el lugar de una manera indubitable? Ni se objete que hubo falta de continuidad en la tradición, recordando que el año 70 huyeron los cristianos de Jerusalén, y más tarde les prohibió Adriano habitar en Aelia Capitolina. Por de pronto,

(1) *De vita Constantini*, 1. 3 c. 26-28; PG 20, 1086-1090. Véase más adelante, p. 51.

(2) S. Jerónimo colocaba sobre el Sto. Sepulcro la estatua de Júpiter: "Ab Hadriani temporibus usque ad imperium Constantini, per annos circiter centum octoginta, in loco Resurrectionis simulacrum Jovis; in Crucis rupe, statua ex marmore Veneris a gentibus posita colebatur: existimantibus persecutionis auctoribus, quod tollerent nobis fidem resurrectionis et crucis, si loca sancta per idola polluissent." *Ep.* 58, ad Paul.; *PL* 22,581.

(3) Véase más abajo, p. 51.

(4) Sta. Helena vino a Palestina el año 326; la basílica constantiniana del Sto. Sepulcro quedó terminada en el 335.

aunque así fuera, quedaba la tumba excavada en la roca; quedaba el Calvario en su propio sitio; y los cristianos que volvieron de Pella debieron reconocerlo sin ninguna dificultad; y después de Adriano allí estaba el templo de Venus, testimonio perenne del lugar del Santo Sepulcro. Pero de las mismas interrupciones mencionadas hay que hablar con mucha reserva. Es verdad que poco antes del sitio de Jerusalén los cristianos abandonaron la ciudad y se refugiaron a Pella en la Transjordania (1); pero es indudable que, apenas pasada la tempestad volvieron a la ciudad santa (2). Adriano hacia el año 136 prohibió a los judíos habitar en Jerusalén y en sus contornos; pero la prohibición no se extendía a los cristianos (3). Además, apenas arrojados los judíos empezaron a afluir cristianos convertidos de la gentilidad y se nombró como obispo a Marcos, el primero, después, de los obispos de la circuncisión (4). Por lo demás la lista de no menos de quince obispos que da Eusebio (5) desde Jacobo hasta el tiempo de Adriano, muestra ya por sí sola que las interrupciones debieron ser muy cortas (6).

Con esto creemos queda plenamente demostrado que la tradición no pudo desviarse del verdadero cauce en los primeros siglos de la Iglesia, y que por consiguiente la del siglo cuarto, al tiempo de Eusebio, era perfectamente auténtica (7).

Nuestra demostración quedaría incompleta si no examináramos las dificultades que en contra se hacen.

Por varios caminos se ha intentado minar la autoridad del testimonio de Eusebio. Por de pronto se ha negado, o cuando menos se ha puesto en duda su honradez histórica, tomando los adversarios como base principal de su argumentación una frase del relato del

(1) EUSEBIO, *His. eccl.* 1, 3 c. 5; PG 20, 221.

(2) Así parece desprenderse de las palabras del mismo Eusebio (PG 20, 215), quien refiere que "post martyrium Jacobi et continuo subsecutam Hierosolymorum expugnationem" se juntaron los apóstoles y discípulos del Señor para elegir obispo.

(3) EUSEBIO, PG 20, 312 s. Cf. SCHÜRER, *GJV* 1, 699; ROBINSON, *Palaestina* 1841, vol. 2, p. 202, 206; BERNARD W. HENDERSON, *The Life and Principate of the Emperor Hadrian* 1923, p. 219 ("This ban was not extended to the Palestinian Christians").

(4) EUSEBIO, PG 20, 316.

(5) PG, 20, 309.

(6) Cf. *Dictionnaire de Théologie catholique*, v. 8 ter. partie, col. 997.

(7) Cf. VINCENT-ABEL, *Jérus. Nouv.*, p. XXX.

mismo Eusebio. Cuenta éste que, después de haber retirado gran cantidad de tierra “*ipsum augustum sanctissimumque Dominicae resurrectionis monumentum praeter omnium spem* refulsit (1), et spelunca illa, quae sancta sanctorum vere dici potest, resurrectionis Servatoris nostri quamdam expressit similitudinem, cum post situm ac tenebras quibus obiecta fuerat, rursus in lucem prodiit” (2) El venerando monumento, dice Eusebio, apareció *contra toda esperanza*. Ahora bien, si no se esperaba encontrar allí el sepulcro de N. Señor, es claro que no existía ninguna tradición a este propósito (3). Y en tal caso lo que realmente pasó debió de ser lo siguiente: Constantino dió orden de buscar el sepulcro de Jesús; y excavando a la ventura se dió con él. O bien el emperador se limitó a ordenar la destrucción del templo pagano; pero habiendo dado casualmente con un sepulcro, para dar gusto a Constantino, se dijo sin más ser aquél el sepulcro mismo de Cristo. Eusebio se prestó a semejante superchería.

Contra tan indigna acusación protesta justamente airado Dalman: Ningún derecho tenemos, dice, a acusar al verídico autor del *Onomasticum* de haber tomado parte en una tan grosera falsificación. No hay que olvidar que Eusebio es el autor de una Historia de la Iglesia, y que su *Onomasticum*, la primera geografía bíblica que ha existido, es una mina preciosa para el conocimiento de los sitios de la Biblia (4). Así habla un protestante.

La interpretación que se da de *παρ' ἐλπίδα πασαν*, *praeter omnium spem*, es una interpretación mezquina, unilateral; no tiene cuenta con los varios significados de que la frase es susceptible, ni con la psicología del pueblo. Ella puede muy bien referirse no al descubrimiento mismo del sepulcro, sino al estado en que fué descubierto. Conociéase por tradición el sitio; pero se podía sospechar que con las vicisitudes de cuatro siglos el sepulcro se había deteriorado y quizás en parte desaparecido; más aún, que por ventura el mismo Adriano lo había hecho arrasar al construir el templo de Venus. ¡Cuál no sería la admiración del pueblo, cuáles sus transportes de alegría, cuando vieron con sus propios ojos lo que ni se habían atrevido a esperar: el sepulcro del Redentor entero, intacto, tal como estaba en el mo-

(1) αυτο δη λοιπον το σεμνον και παναγιον της σωτηρου αναστασεως μαρτυριον παρ' ελπιδα πασαν ανεφαινετο.

(2) PG 20. 1088 s.

(3) Así ROBINSON, *Forschungen*, p. 335; *Palästina* 2, 281 s.

(4) *Orte*, p. 369. 402.

mento de su gloriosa resurrección! ¡Qué sorpresa! ¡Qué hallazgo tan inesperado! ¿No justifica esto plenamente la frase de Eusebio παρ' ελπίδα πασαν? Ninguna necesidad de ir en busca de explicaciones en abierta contradicción con todo el contexto.

Otro indicio de la falta absoluta de tradición descubre Robinson (1) en las palabras de Constantino en su carta a Macario, y en el modo de hablar del mismo Eusebio. Al ordenar el emperador al Patriarca la construcción de un gran templo, le dice que el descubrimiento del Sto. Sepulcro es una maravilla que pasa de vuelo toda humana comprensión (2); y Eusebio, hablando de Constantino, dice que éste obró no por propia iniciativa, sino movido por el espíritu del mismo Salvador (3).

Aducir un tal argumento revela imperdonable ligereza. Es cosa muy natural que el descubrimiento del Sto. Sepulcro fuese atribuído a especial providencia de Dios, y que en el fervor del entusiasmo se hablase de maravilla y aun de milagro. ¿No decimos nosotros en el lenguaje corriente: "Milagro fué que se salvara de tal peligro"? ¿Por qué empeñarse en dar a las palabras de Constantino un alcance que no tienen, prescindiendo en absoluto del estado de ánimo del emperador y de todo el pueblo cristiano? Cuanto a Eusebio, baste observar que sus palabras nada tienen que ver con el descubrimiento del sepulcro: se refieren exclusivamente al pensamiento y al deseo manifestado por Constantino de levantar en aquel sitio una gran basílica.

Dos palabras sobre el llamado *Calvario de Gordon*. Hay que leer el artículo (4) de ese general inglés, que al día siguiente de llegar a Jerusalén tenía ya plena convicción del sitio que debía ocupar el Calvario; y esto por un simple silogismo: En Lev. 1,11 ordena Dios que las víctimas sean inmoladas al lado septentrional del altar; y es claro que esas víctimas del Antiguo Testamento no eran sino el tipo de la Víctima divina, la cual por consiguiente debía, también ella, ser inmo-

(1) *Forschungen*, p. 335; *Palästina* 2, 281 s.

(2) "Tanta est Servatoris nostri gratia, ut nulla sermonis copia ad praesentis miraculi (του παροντος θαυματος) narrationem sufficere videatur". "Quippe huius miraculi (του θαυματος τουτου) fides omnem humanae rationis capacem naturam tantum excedit, quantum humanis divina praecellunt". *PG.* 20, 1.090.

(3) "Confestim igitur oratorium ibidem exstrui mandavit: non absque Dei nutu eo inductus, sed ipso Salvatore eius animum incitante" (αλλ' υπ' αυτου του Σωτηρος ανακινηθεις την πνευματι). *PG.* 20, 1.086.

(4) *Q St.* 1885, 79 s.

lada del lado Norte del altar. Ahora bien, la Skull Hill (1) se halla precisamente al Norte del antiguo templo de Jerusalén, mientras que el actual Sto. Sepulcro con el Calvario está al Oeste del mismo. Luego la Skull Hill, y no el Calvario que el mundo ahora venera, es el sitio donde murió crucificado el Redentor (2).

¡De fijo que ni el más exigente sumulista hallará falta en esta argumentación! No todos sin embargo la han aceptado a pies juntillas. En *Q St. 1901, 273-299* puede leerse una enérgica refutación de la nueva teoría; teoría que otro autor en la misma p. 299 califica—y con sobrada razón—de *mito* (3).

El R. P. Vincent, usando como título de su crónica el mismo calificativo (“GARDEN TOMB., *Histoire d'un mythe*”, consagraba en 1925 unas treinta páginas a la refutación de la teoría (4). El supuesto, en que fundaba Gordon su teoría, lo declaraba Dalman (5) destituido de todo fundamento (“grudlose Annahme”). Muchas cosas hay en Jerusalén, escribía Macalister en 1925, que un verdadero amante de Jerusalén quisiera ver abolidas: la primera de todas es el culto de ese absurdo pseudo-santuario llamado “Sepulcro de Gordon” o “Sepul-

(1) Es la colina (*es-saïra*, cf. DALMAN, *Jerusalem*, p. 44) de forma redondeada, que cubre la llamada Gruta de Jeremías, al Norte de la ciudad, casi frente a las Cavernas reales. Al pie de la colina, del lado Noroeste, se descubrió un sepulcro, que se dijo naturalmente ser el sepulcro auténtico de Nuestro Señor (!).

(2) Más de uno ciertamente se preguntará si el autor proponía en serio su demostración. A quien tal duda tenga le invitamos a que lea el otro argumento, que a renglón seguido da el mismo autor.

“Gordon—se dice en *Q St. 1901, 299*—holiest of soldiers, who was unfortunately neither an Orientalist nor a topographer”. Ni orientalista ni topógrafo: la sola santidad o la sola piedad no basta para resolver cuestiones de topografía. Era buen general, pero mal exégeta. Aquí es el caso de decir: “Ne sutor supra crepidam”. La maravilla es que tanto ruido se hiciera en Inglaterra a propósito de un tal *descubrimiento*; que por lo demás no pertenece propiamente a Gordon, sino a Otto Thenius, que propuso la misma opinión ya en 1842 (cf. DALMAN, *Orte*, p. 366; asimismo *Q St. 1901, 299*).

Varias otras reflexiones no menos fantásticas en diversos escritos del mismo Gordon pueden verse en *Q St. 1904, 38 s.*; y en p. 40 un diseño del curioso esqueleto, de donde sacaba un argumento la viva imaginación del general.

(3) *What I venture to call the Gordon myth*.

(4) *RB 1925, 401-431*, con numerosas fotografías, y el diseño del famoso esqueleto, p. 415. Ya el R. P. LAGRANGE en *RB 1.892* dedicaba unas pocas páginas (446-452) a refutar y en parte a ridiculizar la misma opinión.

(5) *PJB 9 (1913), 101*; cf. *Orte*, p. 366.

cro del Jardín" (1). Y este fuerte calificativo está aquí muy en su punto. Tales teorías, el desprecio es la única refutación que merecen.

Parécenos haber demostrado hasta la evidencia—tal cual se puede exigir en estas materias—la autenticidad del Calvario y del Sto. Sepulcro. Esto constituye un dato, indirecto, es verdad, pero seguro para fijar la dirección del segundo muro. Establecida de un modo incontrastable la autenticidad del sitio ocupado por el Santo Sepulcro—y por ende también del Calvario—, y sabiendo por otra parte que éste caía fuera de la ciudad, síguese necesariamente que el muro pasaba al Sudeste de la basílica actual; conclusión que confirma a maravilla la que con mayor o menor probabilidad se sacaba ya de los elementos suministrados por la arqueología.

### EL VALLE DE BENHINNOM (2)

De este valle se han propuesto tres identificaciones: con el Cedrón, con el Tyropoeon y con Wady er-Rababy, o sea, el valle que corre al Sur del actual Sión, llamado comúnmente colina occidental por contraposición del Ofel que cae al Oriente. La primera opinión no cuenta hoy día con representantes: no así empero la segunda y tercera.

De esta última observación los Profesores de "Notre Dame de France" en *La Palestine* 5 (1932), p. 232: "Quelques palestinologues continuent de confondre la Géhenne primitive avec la vallée Er-Rababi." El lector creerá sin duda que se trata de unos cuantos palestinólogos rezagados, que, poco al corriente de la arqueología palestinese, siguen profesando una opinión, que al fin y al cabo no es sino un *quid pro quo*, es decir, una mera confusión. Sin embargo, estos palestinólogos se llaman Dalman (3), Alt (4), Fonck (5), Guthe (6),

(1) "...the cult of this absurd pseudo-sanctuary called "Gordon's Tomb", or "The Garden Tomb" (A Century of excavation, p. 91). En lo que el mismo autor dice sobre la autenticidad del Calvario tradicional hay que hacer muchas reservas; cf. más arriba, p. 44.

(2) No damos aquí los varios nombres del valle y su probable significación. Pueden verse en VINCENT, *Jérus. Antique*, p. 124-127.

(3) *Jerusalem*, p. 82 s.

(4) *PJB* 24 (1928), 81.

(5) HAGEN, *Lexicon biblicum* 2, 181.

(6) *Realencyklopädie für protest. Theologie und Kirche* 8, 669 lin. 46 s. "Es indudable que el valle que acabamos de describir (Wady er-Rababy) corresponde al valle de Hinnom del AT".

Benzinger (1), Steuernagel (2), Jirku (3), por no citar sino unos pocos.

Y en 1901 se escribía en *Encyclopaedia Biblica*, vol. 2, col 2072: "At present the majority of scholars adhere to the view expressed by the former, that the true Valley of Hinnom is the Wâdy er-Rababi"; y el mismo Warren dice: "The identification of the *Wâdy er-Rubâbeh* as the valley of Hinnom has hitherto been generally accepted among Western writers, though Jewish and Arab tradition is against it" (*Dict. of the Bible* 2; 388 b). Como se ve, andamos lejos de "quelques palestinologues". Y luego en el mismo volumen *La Palestina* se nos da a conocer el origen de tal confusión: "Leur meprise a pour point de départ l'idée erronée qui place sur le mont du Cénacle la Cité de David et des rois de Juda" (*ibid.*). Pero el caso es que Dalman (4), Alt (5), Guthe (6), Benzinger (7), Jirku (8), etc., colocan la ciudad de David no en el monte del Cenáculo, sino en la colina Sud-este, o sea, Ofel.

El P. Vincent (9) propone una hipótesis "qui ne paraît pas avoir été beaucoup envisagée et qui donne au problème une solution très satisfaisante". En un principio el Tyropoeon era el Benhinnom; más tarde este nombre se desplazó y fué aplicado a Wâdy er-Rabâby. Lo mismo sostienen los Profesores de "Notre Dame de France".

La identificación del valle de Benhinnom con el Tyropoeon no es cosa nueva: la habían sostenido ya en 1878 W. F. Birch (10); en 1881 Roberston Smith en *Encyclopaedia Britannica*<sup>9</sup>, vol. 13, p. 640; y en 1885 ganaba la teoría un ilustre adepto en la persona del General Charles Gordon (11) y es de notar que declaraba haberla hecho suya

(1) *Hebräische Archäologie* 3, Leipzig 1927, p. 27.

(2) *Das Buch Josua*, 1923, p. 264 s.

(3) *Geschichte des Volkes Israel*, 1931, p. 98.

(4) L. c. p. 127 s. y en varios de sus escritos anteriores.

(5) L. c. p. 78 s. Todo el artículo da por supuesto que la Ciudad de David se hallaba en la colina oriental: es más, sostiene que la occidental no estuvo habitada sino en época posterior; cf. p. 81.

(6) L. c. p. 675, l. 22 s.

(7) L. c. p. 29.

(8) L. c. p. 132.

(9) *Jérus. Antique*, p. 132 ss.

(10) *Q St.* 1878, 179 ss. Y tan convencido está dicho autor, que no vacila en afirmar: "If this identification be not correct, then the valleys of Jerusalem are in a state of inextricable confusion" (p. 180).

(11) *Q St.* 1885, 79.

aun antes de venir a Palestina (1); e insería esa importante declaración entre dos articulitos, a cuál más *interesante*, sobre la situación de Eden (2) y la localización del Gólgota (3).

Vengamos al examen del problema. Un punto hay cierto e indiscutible, y es que el límite pasaba por En Rogel, que ha de identificarse con Bir Eyyub, y que inmediatamente después subía por el valle de Benhinnom (Jos. 15,7b-8a; 18,16b). El autor no dice dónde éste se hallaba; pero podemos concluirlo de la dirección del límite, como que ambos seguían el mismo curso. De esta dirección hallamos un indicio en la frase “al lado del Jebuseo”, a la cual añade el autor בְּמִנְגֵּב מִןְגֵּב La solución del problema depende principalmente de la interpretación que se dé a la voz *minnegeb*. ¿Hay que traducir “desde el Sur”, o bien “del lado Sur”? En el primer caso el límite toma a partir de En Rogel la dirección septentrional; en el segundo parece tomar la dirección occidental, dejando el Jebuseo al Norte. Que de suyo pueda tener *minnegeb* así la primera como la segunda significación es indudable: se trata de saber cuál es su fuerza en éste caso particular.

El pasaje 18,166 en vez de *minnegeb* lleva *negbah*, que evidentemente ha de traducirse con relación al *minnegeb* de 15,8; pues se halla en un contexto del todo idéntico (“al lado del Jebuseo גְּבַעַת יְבּוּס”). Además, encontramos frecuentemente repetidas en el contexto general dos voces que corresponden en un todo a las dos mencionadas, esto es, נִמְגָנָם y גְּבַעַת יְבּוּס, de las cuales por consiguiente hay que preguntarse si han de traducirse “desde el Norte”, “en dirección al Norte”; o bien una y otra “del lado Norte”.

En los pasajes paralelos 15,8; 18,16 leemos *safonah*. Esta voz no indica aquí dirección de movimiento, pues se emplea para localizar un monte: ha de traducirse por tanto “del lado Norte”. Esta es la versión de la Vulg. (“contra aquilonem”, “contra septentrionalem plagam”); y así lo traducen Steuernagel, Schulz, Hummelauer, Maclear, Holzinger, por citar sólo unos pocos.

En 18,17 se lee missafon, que tampoco puede indicar dirección de movimiento, desde un *terminus a quo*, es decir, “desde el Norte”, puesto que el límite de En Rogel a En Šemes corre hacia el Este la-

(1) “...which conclusion I came to ere I came to Palestine” (*ibid.*).

(2) *Ibid.* p. 78. El río Gihon de Gen. 2,13 no es otro que el valle de Gihon, o sea, de Hinnom, al Sur de Jerusalén.

(3) Sobre este último véase arriba, p. 52.

deándose un tanto hacia el Norte. Es cierto, pues, que ha de traducirse “*del lado Norte*”, o bien “*hacia el Norte*”. Así también en este pasaje la Vulg. (“*ad aquilonem*”); y en idéntico sentido Steuernagel, Schulz, Hum., Holzinger, etc.

Diráse tal vez, que se trata de casos aislados. Lo cierto es que lo propio pasa también en otros pasajes. Así, p. ej., dentro del mismo cap. 18, en el v. 5 *missafon* indica el lado en que se hallaba la casa de José con respecto a Judá, en ningún modo dirección de movimiento de un *terminus a quo*; y en el v. 12 ha de interpretarse en el sentido que el límite pasaba *al Norte de Jericó*, o *hacia el Norte*, pero de ninguna manera *desde el Norte*: el contexto no deja la menor duda en este punto. Y para agotar todos los pasajes en el libro de Josué, diremos que ni en 16,6 ni en 17,10 ni en 19,14 *missafon* indica movimiento de dirección desde el Norte; sino que en los dos primeros casos ha de traducirse *del lado Norte*, y en el tercero *al Norte de (Hannaton)*. De suerte que en todo el libro de Josué, en ninguno de los seis pasajes indica *missafon* movimiento de dirección desde un *terminus a quo*.

Esto sólo crea ya de por sí una fuerte presunción en favor de un sentido semejante para *minnegeb*. Veámoslo en particular.

En Jos. 18,5 *minnegeb* corresponde a *missafon*, y significa que Judá se hallaba al Sur con respecto a la casa de José. En el v. 13 se señala la posición meridional de un monte con respecto a Betoron. En 15,7 se indica que el Ascensus Adummim se halla al Sur del valle. Y en 19,34 se especifica el lado por donde Neftali toca a Zabulón. En todo el libro de Josué, pues (prescindimos por ahora de 15,8, ya que precisamente del sentido de este pasaje se trata) la voz *minnegeb* ni una sola vez indica dirección de movimiento desde un *terminus a quo*.

En vista del resultado que da el examen de todos los pasajes de Josué (1), ¿qué sentido hay que dar al *minnegeb* de 15,8? Una sola respuesta es posible: hay que traducir *del lado Sur*, es decir, que el

(1) Unicamente omitimos 15,3. El TM lleva dos veces *minnegeb*. (En el primero, LXX vierte por *απεγαντι*, y la Vulg. por *contra*; leyeron por tanto *minneged*. El segundo la Vulg. lo omite, y LXX (*επι [A Lag. απο] λιβος επι Καρην*) parece interpretarlo en el sentido de dirección de movimiento desde un *terminus a quo*. Por razón de estas variantes en las versiones no incluimos el pasaje en el texto. Pero afortunadamente el mismo pasaje se halla en Num. 34,4. Aquí tanto LXX como la Vulg. han leído el texto hebreo actual, sólo que vierten de distinta manera: Vulg. “*circuibunt australem plagam per ascensum...*”;

límite pasa "al lado del Jebuseo *por la parte Sur*". Queda excluida la versión: el límite pasa "al lado del Jebuseo, *viniendo del Sur*".

Por lo demás no vaya a creerse que esta manera de interpretar el texto sea nueva: es la de la gran mayoría y aun de la generalidad de los autores: baste citar Hummelauer, Schulz, Crampon, Steuernagel, Kautzsch, Holzinger, etc. (1).

Bien que no necesario, añadimos sin embargo un breve examen de las otras dos voces **מִנְגָּבָה** y **בְּנֵגֶב** en Jos. 15 y 18, cuyo resultado confirmará nuestra conclusión. En 15,7 *safonah* indica dirección de movimiento hacia; en 15,11 puede indicarlo, bien que lo contrario sea más probable; en todos los demás pasajes, 15,5.8; 18,12.16.18.19 bis, es cierto que no significa dirección de movimiento hacia el Norte, sino que debe traducirse *del lado Norte*, o *al Norte de*. Por consiguiente no cabe alguna duda que en todos los casos, excepto uno y tal vez dos, *safonah* equivale a *missafon*.

"pervenant a meridie usque ad Cadesbarne"; LXX απὸ λίβος πρὸς αναβαστιν; πρὸς λίβα Καδης του βαρυη. Ejemplo claro éste de la libertad, o quizá más bien incertidumbre que se nota a las veces en las versiones. De todos modos es cierto que el *minnegeb* en este pasaje no indica dirección de movimiento desde un *terminus a quo*, que sería evidentemente el Sur; y la razón es muy sencilla: desde el punto de partida, que es la extremidad del Mar Muerto (15,2) hasta Cadesbarnea, el límite corre siempre en dirección hacia el Sur con inclinación al Oeste; es, pues, evidentemente imposible decir que el mismo límite *venga del Sur*. Ha de traducirse, por tanto: "al Sur de la subida de Acrabim"; "al Sur de Cadesbarnea". Y así vierten Schulz, Steuernagel, Holzinger, etc.

(1) De este sentir se aparta el R. P. VINCENT, *Jérus. Antique*, p. 111, ss., donde puede verse una defensa de la versión que nosotros rechazamos. A fin de dar una idea exacta, en gracia de los que no poseen la obra, nos permitimos citar algunos breves pasajes:

Jos. 15,8 "Elle [la limite] remontait ensuite le ravin de Ben Hinnom, *venant du sud* au flanc du Jébuséen (p. 111 a). 18,16 "Descendait [la limite] le ravin de Hinnom vers le flanc du Jébuséen *dans la direction du sud*" (p. 113 b). El cursivo es nuestro.

"Cette expression (בְּנֵגֶב) n'est pas à interpréter par à peu près, pour lui faire rendre un sens absolu "au sud", mais doit s'entendre du mouvement de la limite" (p. 113 a).

"En venant de Rogel vers l'extrême de la ville jébuséenne on vient "du sud", בְּנֵגֶב (XV 8 a); pour aller au contraire du bout de la cité à Rogel, on descend "dans la direction du sud", מִנְגָּבָה (XVIII 16). (P. 115 a.) "Tous se sont contentés d'attribuer à l'héb. מִנְגָּבָה un sens identique à צְפָנָה sans se préoccuper des attestations discordantes des versions". (P. 115, nota 4.) Cf. además p. 124-134.

Cuanto a *negbah* se halla en Jos. 15,1.2; 18,13.14 bis. 15,19 (omitemos v. 16, como que de él se trata). Ahora bien, en ninguno de ellos indica dirección de movimiento hacia el Sur. En 18,13. 14 2º 19 su posición en la oración gramatical es del todo idéntica a la que tiene en 18,16, e indica constantemente el lado Sur con relación al sitio que la precede. Por consiguiente 18,16 ha de traducirse: "al lado del Jebuseo de la parte Sur", o sea, "al Sur del lado del Jebuseo"; o sencillamente "al lado Sur del Jebuseo"; en ninguna manera: "al lado del Jebuseo, con dirección hacia el Sur". El *negbah* de 18,16 equivale al *minnegeb* de 15,8.

No más que dos palabras sobre las versiones. S. Jerónimo tanto en 15,8 como en 18,16 ha dado perfectamente con el verdadero sentido de *minnegeb*. En el primer pasaje vierte: "ascenditque... ex latere Jebusaei ad meridiem"; en el segundo: "iuxta latus Jebusaei ad austrum". Véase cómo traduce la misma voz en 15,7; 18,5.13; 19,34. Cuanto a *missafon*: en 16,6, "...aquinonem respicit"; en 18,17 "transiens ad aquilonem". Cf. además 17,10; 18,5; 19,14. LXX en 15,8; 18,16 es cierto que no puede afirmarse que interprete *minnegeb* y *negbah* en sentido de dirección de movimiento *desde* o *hacia* (1). Que S. Jerónimo, y sobre todo LXX, no observan perfecta uniformidad en la manera de traducir, y aunque a las veces dan la impresión de andar como a tientas en la interpretación del texto, es cosa bien reconocida: véase el ejemplo que arriba citábamos de Num. 34,4. Pero esa falta de uniformidad, al menos hablando en general, no es indicio de un texto hebreo distinto del actual, sino más bien de una cierta libertad, o negligencia, o incertidumbre de los traductores. El texto hebreo, tratándose de Jos. 15 y 18, es, por lo menos en la gran mayoría de los casos, perfectamente consecuente consigo mismo.

Nos alargamos en el examen del texto quizá más de lo que convenía; pero lo creímos necesario por tratarse de un punto de suma importancia para la localización del valle de Hinnom.

(1) Jos. 15,8; B απο λιβος; επι βορρα. A omite απο λιβος; επι βοροαν; Lag. απο λιβος; επι βορραν.

Jos. 18,16: B απο βορρα; απο λιβος. A idéntico a B. Lag. απο βορρα, απο λιβος.

Nótese cómo en 18,16 las voces *safonah* y *neghab* ( απο βορρα, απο λιβος) se traducen exactamente de la misma manera que *minnegeb* απο λιβος en 15,8; y por otra parte es claro que con la versión επι βορρα o βορραν(*safonah*) el autor no quiso indicar dirección de movimiento, puesto que la frase η εστιν εκ μερους της Παφαιν επι βορρα se opone evidentemente a ello.

Interpretando, pues, el *minnegeb* de 15,8 en el sentido arriba expresado, esto es, que el límite pasa al lado del Jebuseo por la parte Sur—dejando por consiguiente al Norte el mismo Jebuseo—y dando como datum por supuesto que En Rogel es Bir-Eyyub, basta dar una ojeada a un mapa cualquiera para convencerse que el único valle que corresponde a tal dirección es Wady er-Rababy. El Cedrón va derechamente en dirección Norte; el Tyropoeon se inclina un tanto hacia el Oeste, pero la línea que en él prevalece, la que salta a la vista del espectador es la que corre de Mediodía al Septentrión. Quien colocado, p. ej., en la puerta de los Mogrebinos se ponga frente al Tyropoeon, en ninguna manera pensará que éste deje el Ofel al Norte; la impresión clara y neta es que lo deja al Este. Diráse tal vez que se ha de considerar no todo el trecho que va corriendo el límite bordeando el Ofel, sino únicamente la punta meridional del mismo. Convenimos en que en este punto concreto y determinado el límite pasa por el Sur del Ofel; y si tomara luego dirección francamente occidental, subiendo, v. gr., por el terreno de los PP. Asuncionistas, quedaría bien justificado el texto bíblico. Pero el caso es muy diverso. Nadie tendrá por verosímil que, si el límite entraba en el Tyropoeon, no lo fuera siguiendo, pues dicho valle constituía una división connatural. Y en tales condiciones decimos que la dirección general del límite es de Sur a Norte con poca inclinación al Oeste, y que por tanto prácticamente dejaba la colina del Ofel al lado Este.

Muy de otra suerte acontece con Wady er-Rababy. Desde que entra en él hasta Birket es-Sultan el límite sigue constantemente la dirección de Este a Oeste, corriendo a lo largo del lado Sur de la colina occidental, o sea del Jebuseo, la cual deja perfectamente al Norte. Continúa luego por el mismo valle, que al Oeste del actual Sión toma sucesivamente el nombre de Wady el-Ennab y Wady el-Meise, y sube, pasando por los contornos de St. Pierre de Sión, al monte que está frente al mismo valle Hinnom del lado occidental, y al extremo septentrional de la llanura de Refaim (1). Como se ve, todas las circunstancias topográficas del límite corresponden con admirable precisión a todas y cada una de las expresiones del texto. Y en realidad, de ningún monte cabe decir con tanta exactitud que se halla “frente a la llanura de Refaim, del lado Norte” como de esa extensa altura que comprende Nikefurieh, et-Talbyeh, etc., y que precisamente con-

---

(1) Jos. 15,8; 18,16.

fina al Mediodía con la Bega'ah, y que, vista desde Sudeste, ofrece verdaderamente el aspecto de un monte.

Otra razón milita contra el Tyropoeon. Este, como justamente observa Warren, bien que importante como línea divisionaria de la ciudad, es insignificante comparado con los valles del Este y Oeste de la misma (1). Esta es ciertamente la impresión de un espectador cualquiera, que se coloque cerca de la fuente Rogel, en la confluencia de Wady er-Rababy y el Cedrón. Si el límite no subía por éste—y es cierto que no subía—la dirección obvia es Wady er-Rababy. Fuera de veras extraño que para señalar la demarcación de las tribus de Judá y Benjamín se hubiese dejado este valle, que constituye una división tan natural, y se hubiese ido a buscar otro valle de importancia muy secundaria.

Pero es de prever una objeción. La ciudad de los Jebuseos se hallaba en la colina oriental, no en la occidental; por consiguiente, ateniéndonos al texto, no al Sur de ésta sino de aquélla debe pasar el límite.

Conformes en que la Sión jebusea ocupaba la colina oriental, el actual Ofel; pero decimos que esto no influye ni poco ni mucho en el problema que estamos discutiendo. En primer lugar, si por aquellos tiempos la colina occidental estaba o no habitada es punto dudoso, sobre el cual no se llegó todavía a una solución satisfactoria (2). Se invoca en contra el resultado de las excavaciones, que no han descubierto vestigios cananeos. Pero los mismos que las hicieron no parecen atribuir a esto grande importancia (3). Además, en diciendo que estaba ocupada no se pretende afirmar que se hubiese levantado allí una ciudad propiamente dicha. Basta y sobra que hubiera un cierto número de habitaciones, tal vez de carácter muy rudimentario, que podían justamente considerarse como una prolongación de la ciudad jebusea situada en la colina oriental (4). Un tal grupo de casas, de-

(1) "It is an important division in the city of Jerusalem, but it is very insignificant compared with the valleys to east and west of the city" (*Dict. of the Bible* 2, 387 b).

(2) ALT (*PJB* 1928, 74 ss.) lo niega. DALMAN (*Jerusalem*, p. 83-85) le refuta declarándose por la afirmativa.

(3) BLISS and DICKIE, *Excavations at Jerusalem*, 1894-1897 (1898), p. 260 ss., 282 ss. En el mismo sentido escribe Dalman 1. c. p. 85, y el mismo Alt 1. c. p. 79.

(4) Budde (*Realencycl. f. prot. Th. u. K.* 8, 676, lín. 34) cree que a raíz de la conquista de David los jebuseos pasaron a la colina occidental; y parece dar a entender que ya antes no estaba del todo inhabitada.

pendiente de la ciudad y en estrecha relación con la misma, justifica muy suficientemente el tenor del texto sagrado. Y nótese una particularidad digna, creemos, de atención. No se habla de Jebus, sino de *jebuseos* (יהבוס), al revés que en Jud. 19, donde se usa constantemente Jebus (יבוס); y cuando *jebuseos*, se le hace preceder de *ciudad* (v. 11 d. שִׁיר חַוּבָּסִי). Cualquiera ve que la designación *jebuseos* es de índole más general, y que puede perfectamente aplicarse a un sitio, bien que no se halle precisamente en dicho sitio la ciudad de los *jebuseos* (1).

Alt (2), quien no admite que la colina occidental estuviera en aquella sazón habitada por *jebuseos* (p. 80 s.), da otra solución (p. 81). Dice que la descripción del autor sagrado está suficientemente justificada por el solo derecho de propiedad (Besitzrecht) que los habitantes de la ciudad tenían sobre la colina occidental; derecho que nadie sin duda osará negar. Dalman (3) niega que tal derecho sea suficiente a justificar el texto. Si nos es permitido dar nuestro juicio, diremos que, si se trata de la expresión "subía el límite al lado del *Jebuseo*", basta para justificarla el mencionado derecho de propiedad; que la frase empero ésta es *Jerusalén* parece suponer que una parte—no necesariamente notable—de la ciudad ocupaba por aquél entonces la colina occidental.

Una tercera explicación es posible. Las dos colinas, bien que divididas por el Tyropoeon, a la vista de quien las mira desde el Sur se presentan en realidad como un todo netamente separado de los montes circundantes por el Cédron y Wady er-Rababy. El autor, si en trazando el límite miraba hacia el Norte, lo cual nada tiene de invierno, veía ante sí ese todo, dentro del cual se hallaba—ocupando sólo una parte—la ciudad de los *jebuseos*; y en tal caso se explica perfectamente que, sin hacer distinción entre las dos colinas, sino considerando el conjunto, diga que el límite pasa tocando el lado me-

(1) Es verdad que a continuación se dice: *Esta es Jerusalén*; y Dalman (*Jerusalem*, p. 83) afirma que la frase exige absolutamente que la colina occidental estuviera a la sazón ocupada por *Jerusalén* (cf. *PJB* 11, 1915, 80). Convenimos en ello con tal que no se trate, como admite el mismo Dalman, sino de parte de *Jerusalén*, cuyo núcleo principal se hallaba en la colina oriental. Por otra parte, nada extraño sería que dicha frase fuese no más que glósa explicativa de un escriba posterior, bien que no existan razones suficientes para afirmarlo positivamente.

(2) *Das Taltor von Jerusalem*, *PJB* 24 (1928), 74-98.

(3) *Jerusalem*, p. 82 s.

ridional del Jebuseo; lo cual es mucha verdad, pues el grande bloque, que diríamos, de las dos colinas queda perfectamente al Norte. Para convencerse de cómo era natural y espontánea esa descripción del hagiógrafo no hay sino colocarse, como hicimos nosotros más de una vez, en la altura de Deir Abu Thor, desde donde Sión y Ofel se ofrecen a los ojos del espectador como un todo único perfectamente aislado, tanto más cuanto que el Tyropoeon desaparece casi por completo. Es claro que, el juicio sobre el alcance de las palabras del autor se ha de formar teniendo en cuenta su propio punto de vista, no la concepción que nosotros, con el examen aun el más minucioso de la topografía, hayamos podido adquirir.

Esta explicación, como se ve, conserva toda su fuerza, aun dado caso que no estuviera ocupada por aquellos tiempos la colina occidental.

#### EL TÚNEL VERTICAL DEL OFEL

En el fondo de la fuente de la Virgen—la antigua Gihon, 3 Reg. 1,38—existe una abertura, que se adelanta hacia arriba a manera de chimenea excavada en el corazón de la colina. Se hace remontar, y con muy buen fundamento, al tiempo de los jebuseos (1). Su objeto era evidentemente el que éstos pudieran sacar agua sin necesidad de bajar a la fuente. Dicho túnel fué hallado por Ch. Warren en 1867 (2).

Como era natural, se pensó que tal descubrimiento podría tal vez arrojar alguna luz sobre el pasaje bíblico, en que se narra la conquista de la fortaleza jebusea por David. Hay en efecto en 2 Sam. 5, 8 un vocablo (*sinnor*) que bien puede calificarse de verdadera *crux interpretum*. ¿No sería el corte descubierto por Warren el misterioso *sinnor*?

Propuso tal identificación en 1878 el canónigo anglicano W. F. Birch (Q St. 1878, 131.184 s.), dándola no ya como probable, sino

(1) Cf. VINCENT, *RB* 1912, 563; *Jérusalem sous terre*, p. 39; DALMAN, *PJB* II (1915), 66; WEILL, *La Cité de David*, p. 12.

(2) Capt. WARREN, *The Recovery of Jerusalem*, London, 1871, p. 244 ss., donde el autor narra cómo subió por dicho túnel, y describe sus particularidades. Estas pueden verse también descritas muy por menudo en VINCENT, *RB* 1912, 86-105; *Jérusalem sous terre*, p. II ss.; *Jérus. Antique*, p. 150-156; DALMAN, *PJB* II (1915), 65-67; WEILL, *La Cité de David*, p. II s.

como cosa indiscutible (1); y ante la importancia de tal descubrimiento, en un momento de lírico entusiasmo exclama: “¿Quién dirá que el *Palestine Exploration Fund* no ha hecho obra verdaderamente meritaria? ¿Quién pondrá en duda que la Biblia es el más exacto y el más verídico de todos los libros?” (l. c.). Y claro está, se hizo dicho canónico el portaestandarte de la teoría que él había propuesto, defendiéndola briosamente contra cuantos le contradecían (2).

En época más reciente sostuvo esa misma teoría el P. Vincent (3). Otros, por el contrario, la impugnaron, v. gr., Dalman (4), Albright (5), Sukenik (6). Los tres andan de acuerdo en rechazar la identificación del túnel vertical con el *sinnor*, bien que dan de esta voz una interpretación algo diversa. Los dos primeros piensan que se trata de un *miembro* del cuerpo (según Dalman, l. c. p. 43, el *miembro viril*; según Albright, l. c. p. 289, una articulación “*joint*”); Sukenik, l. c. página 13 s., de un *instrumento*, probablemente una especie de tridente (7).

No es cosa fácil tomar fránca posición en este problema. La teoría propuesta por Birch y sostenida por el P. Vincent y otros es ciertamente tentadora. Estar en condiciones de “trazar a vuelta de 3.000 años el mismísimo camino por donde el osado Joab logró penetrar en Sión” (8) es una satisfacción del espíritu, a que difícilmente nos resignamos a renunciar. Es natural que deseemos conservar “l'épisode

(1) “Hence the conclusion is irresistible that the secret passage leading from the hill of Ophel to the Virgin's Fount is none other than the longlost Tzinnor which Joab gallantly scaled on the way to fame” (l. c. p. 185); y llama (l. c. p. 131) “the second Joab”.

(2) Cf. *Q St.* 1879, 104; 1885, 62 ss.; 1890, 200 ss., 330 s.

(3) *Jérusalem sous terre*, 1911, p. 37-39; *RB* 1912, 558-563; *Jérus. Antique*, 1912, p. 156-161; *RB* 1924, 357-370; cf. también *RB* 1908, 402; *Q St.* 1908, 225; *Canaan d'après l'exploration récente*, 1914, p. 27, nota 1. La aceptan asimismo KITTEL, *Geschichte* ed. 7, 2 118; FILLION, *Histoire d'Israël*, 1927, vol. I, p. 509, nota 1; TH. H. ROBINSON, *A history of Israel*, 1932, vol. I, p. 215, y otros. JIRKU, *GV*, p. 133, parece inclinarse en su favor; WEILL, *La Cité de David*, p. 13 (“l'éénigme du *sinnor*”) la menciona sin pronunciarse.

(4) *PJB* II (1915), 39 ss.

(5) *JPOS* 2 (1922), 286 ss.

(6) *JPOS* 8 (1928), 12 ss.

(7) Los argumentos de Dalman y de Albright pueden verse compendiados en *RB* 1924, 357 ss., por el P. Vincent, quien defiende contra los mismos su propia teoría, es decir, la que, como dijimos, había sido propuesta por Birch.

(8) BIRCH, *Q St.* 1878, 185.

très pittoresque qui consiste à prendre la ville par le canal” (1). Pero es claro que no se trata aquí de placer estético, sino de verdad objetiva, aun dado caso que no resulte ésta tan pintoresca, ni ofrezca tan vivo interés.

Por de pronto se ha de examinar el texto mismo, que es evidentemente el principal elemento de la solución del problema.

De la conquista de Jerusalén por David poseemos dos relatos paralelos: 2 Sam. 5,6-8 y 1 Par. 11,5-6. El segundo es claro y fácil; el primero oscuro y erizado de dificultades. Inútil examinar aquí las múltiples reconstituciones que de éste se han propuesto para hacerlo más inteligible (2). Una cosa tenemos por cierta, que el texto de Samuel no se ha de modificar conforme al de Par., ni se han de introducir en éste elementos propios de aquél. Por consiguiente ni en Sam. se ha de añadir la propuesta del premio mencionada en Par. (3), ni en éste la mención del *sinnor*. Este vocablo juzgamos qué lo tuvo el autor de Par. ante los ojos, pero lo omitió sin duda por oscuro. Si él hubiese creído que se trataba del túnel por donde fué tomada la fortaleza jubesea, es indudable que lo habría reproducido, al decir (v. 6) que Joab subió el primero a dicha fortaleza (4).

Cuanto al texto de Sam., dejando aparte lo demás, fijémonos en el v. 8, que es el que más nos interesa. Dos maneras de construcción son posibles: 1) “Quienquiera combate (5) al jebuseo y...” (las dos voces que siguen ייְגָע בְּצָנָע (6) continúan la prótasis); 2) “Quienquiera combata al jebuseo, ...” (los dos vocablos indicados forman la apó-

(1) DHORME, 2 Sam. 5,8.

(2) Pueden verse en DHORME, l. c.; SCHULZ, *Die Bücher Samuel*, 1920, vol. 2, p. 56 s.

(3) De parecer contrario es el P. VINCENT (*Jérus. Antique*, p. 157, nota 4).

(4) Para nosotros es sumamente probable, por no decir cierto, que el autor de Par. tuvo ante sí a Sam., o bien un documento idéntico. La toma de la ciudad (v. 5b) se expresa absolutamente en los mismos términos que en Sam. (v. 7). En v. 4-5a introduce el cronista ciertas modificaciones y adiciones que en nada alteran el sentido, pero que lo hacen más claro. Omite (v. 5,6) la mención de los ciegos y mancos (Sam. v. 6,8); y en v. 6, en vez de la oscura frase בְּצָנָע Sam. v. 8), nos da un detalle omitido en Sam., esto es, la propuesta del premio por David y la obtención del mismo por Joab. Todo esto corresponde perfectamente a la manera como el autor de Par. suele servirse de los documentos de Sam. y de Reg.

(5) Quien prefiera otra versión, p. ej., *hiera*, *vénza*, puede sustituirla a la nuestra: para el caso lo mismo da.

(6) No las traducimos por ahora por no prejuzgar la cuestión.

dosis). La primera tropieza con una dificultad, y es que la oración queda en suspenso, pues le falta la apódosis. Esta dificultad desaparece en la segunda construcción, donde hay prótasis y apódosis. Con tal manera de construir es claro que David no propone premio, sino que sencillamente intimá una orden: *Quienquiera combata al jebuseo, weyigga bassinnor (hiera el sinnor, o en el sinnor, o con el sinnor)*. Se usa el impf. yusivo con wau de apódosis (cf. J § 176; G-K § 143 d). Es asimismo evidente que el *sinnor* no puede, en este caso, significar el túnel del Ofel: ha de interpretarse necesariamente o de un miembro del cuerpo, o de algún instrumento. Otra ventaja tiene dicha construcción, a saber, que las voces que siguen, se juntan sin dificultad con las precedentes; dependiendo gramaticalmente del verbo עגַגֵּי; de suerte que la frase entera puede traducirse así: *Quien quiera combata al jebuseo, hiera en el sinnor tanto los cojos como los ciegos, que odian a David* (1). Y esta manera de construcción puede invocar en favor suyo a LXX BA Lag: Πας τυπτων Ιεβουσαιον απτεσθω εν παραξιφιδι και τους χωλους και τους τυφλους και τους μισουντας την φυγην Δαυειδ, lo cual ciertamente constituye un apoyo no despreciable de la misma.

Pero cabe preguntar: Tal manera de traducir ¿se armoniza con la significación propia de la voz *sinnor*? Esta, fuera de nuestro pasaje, se halla sólo en Ps. 42,8. Aquí la traducen ordinariamente los autores por *cataratas, aguas que se precipitan*, de donde concluyen no pocos que también en 1 Sam. 5,8 debe significar algo relacionado con agua, p. ej., *acueducto*; y aun hay quien da tal sentido por indudable (2). En esto hay exageración LXX AB Lag. vierte: απτεσθω εν παραξιφιδι que toque (hiera) con puñal. Symmaco (επαλξεως), Vulg. (*domatum*

(1) Esta misma versión con una ligera diferencia (en vez de *en vierte con*) da Sukenik, l. c. p. 14: "Let everyone who smites the Jebusites smite the lame and the blind with his *sinnor*". En lugar del texto masorético בָּצְנָעָר וְאֶתְתָּחָת lee con razón בָּצְנָעָר וְאֶתְתָּחָת. se trata de un cambio nada más que en la división de los vocablos.

Otra manera de traducir es posible, y es la que da Albright, l. c. p. 289: "Whoever smiteth a Jebusite, let him strike a joint (*bessinnor*, or perhaps "his joint")". O, si se conserva la puntuación masorética (*bassinnor*), "the joint", la articulación. Tal manera de traducir (*herir el sinnor*) puede muy bien sostenerse, no obstante el reparo que, apoyado en la autoridad de Dhorme, le pone el P. Vincent, RB 1924, 361. Por lo demás, el *wau*, que en el texto masorético se junta al vocablo siguiente, puede ser sufijo del precedente, y cabe, por consiguiente, la traducción "hiera su *sinnor*".

(2) "Le sens du mot *sinnor* est, sans contredit, celui de "canal, conduite d'eau" (DHORME, 2 Sam. 5,8).

*fistulas*) lo entiende de las *almenas*; Aquila (εν ρουνισμῷ) parece interpretarlo en el sentido de *corriente de agua, acueducto* (1). Estas variantes demuestran que los traductores no daban la versión literal de una palabra conocida; más bien ensayaban de interpretar un vocablo oscuro, atribuyéndole una significación que estuviese en armonía con el contexto, tal como ellos lo entendían. No son por tanto esas tentativas de grande ayuda para dar con el sentido verdadero de la voz *sinnor*. Con esto fácilmente se comprende que haya recibido interpretaciones tan diversas.

En el neo-hebreo una de las varias y muy distintas significaciones de *sinnor* es *tubo, conducto, canal* (2). Basándose en ella Wellhausen propuso la versión *garganta, cuello*: versión que el P. Joüon (3) también sostiene. Nosotros la tenemos por la más probable: se adapta de todo punto a la construcción gramatical, está en perfecta armonía con el contexto, y no se aparta de la significación del vocablo que suele tenerse por la fundamental. Cuanto al Salmo 42,8 piensa el P. Joüon que también aquí tiene dicha palabra el mismo valor, de suerte que el pasaje ha de traducirse: "Un abismo llama a otro abismo, *a la voz de tu garganta*" (4).

No pretendemos dar a esta interpretación un grado de certeza, que no tiene; pero sí decímos que, entre las muchas que se han propuesto, es la que mejor satisface las exigencias del texto sagrado. Dista, pues, de ser definitiva, ni mucho menos, la interpretación ideada por Birch, que arriba expusimos. Con todo, quizá sea un tanto dura la observación que a propósito de la misma hace Caspari, a saber, que apenas si es digna de consideración (5). De todos modos

(1) Cf. DHORME 1. c.; SCHULZ, *Die Bücher Samuel*, vol. 2, p. 56 s.

(2) Cf. DALMAN, *Aramäisch-Neuhebräisches Handwörterbuch*, Frankfurt, 1922.

(3) *Mélanges de la Faculté Orientale* (Université St.-Joseph, Beyrouth), vol. 4 (1910), p. 14.

(4) "L'inondation se produit "à la voix du gosier" de Jéhovah, c'est-à-dire, au bruit du tonnerre, lequel est appelé plusieurs fois dans la Bible la *voix* קול de Jéhovah (vois en particulier Ps. 29, 3 s.)" (ibid.).

(5) "Versuche, Joab durch eine Wasserleitung eindringen zu lassen, BIRCH PEF (Q St.) 1908, p. 81; VINCENT RB 1912, p. 559 ff; Dr (Driver) sind wenig beachtenswert" (WILH. CASPARI, *Die Samuelbücher*, 1916, p. 456). Evidentemente se refiere al túnel vertical, que Birch, Vincent, Driver (y otros) afirman ser el sitio—llamado *sinnor*—por donde penetró Joab en la fortaleza jebusea; y como tal manera de interpretar el texto no le parece ni siquiera digna de consideración, no se detiene a refutarla. Por nuestra parte, cuando no fuéra sino por respeto a los que la sostienen, no nos atreviéramos a ser tan categóricos.

designar sin más con el nombre de *sinnor* a todo túnel de la misma índole que el Ofel, es dar por supuesta una certidumbre, que en ninguna manera existe (1). Claro que puede concebirse como denominación meramente convencional; pero en la práctica produce en los lectores una impresión que no corresponde a la realidad.

Después de lo que llevamos dicho huelga insistir en ciertas otras dificultades—por otra parte nada imaginarias—contra la teoría de Birch tan duramente calificada por Caspári. Sin embargo, siquiera para facilitar al lector una más completa inteligencia de la materia, juzgamos conveniente proponerlas brevemente.

Por de pronto lo difícil que era escalar el túnel (2). En efecto, Birch (Q. St. 1878, 131. 185) asegura que sin la ayuda de un indígena era en extremo improbable, o más bien imposible que Joab realizara tal proeza. Y ese indígena, Birch cree haber dado con él: no sería otro que Arauna el que tiempo adelante hizo buen negocio vendiendo su era por cincuenta cícos de plata a David (3), quien sin duda quería mostrar su agradecimiento al jebuseo traidor. Verdad es que Macalister describe con lujo de pormenores el modo cómo Joab debió de realizar la subida (4); y Warren, el descubridor del túnel, la realizó en persona (5). Pero el mismo Birch confiesa en el pasaje citado que precisamente el relato que da Warren de su propia subida es una prueba de su grande dificultad (6).

(1) Esta opinión no es sólo nuestra: habíala expresado ya Desnoyers en *Histoire du Peuple Hébreu*, 1930, vol. 2, p. 176, nota (“aussi c'est trop étendre la signification, d'ailleurs simplement très probable, de “canal”, que d'appeler *çinnor* les passages où tunnels conduisant à l'eau, découverts dans plusieurs villes antiques, notamment à Jérusalem, Gézer, Gabaon, Ybleam, Rabbath-Ammôn, pour ne parler que des pays palestiniens”).

(2) Cf. DALMAN, *PJB* 11 (1915), 67.

(3) 2 Sam. 24, 24.

(4) “Some expert climber in the party scrambled up, probably with the end of the rope knotted around his waist. With the help of this rope another, and then another, drew himself up; until they were all landed safely in the little chamber at the top of the shaft” (*A Century of excavations*, p. 178). “A condition seulement d'épier l'heure propice, l'introduction de Joab dans le tunnel n'offre pas plus de difficulté, elle en offre plutôt infinitement moins que la récente exploration” (VINCENT, *Jérus. Antique*, p. 157 s.; *RB* 1912, 561).

(5) Véase *Recovery*, p. 244 ss., y también *RB* 1924, 365.

(6) Captain Warren's account of his own ascent is enough to convince us that it is extremely improbable, or rather impossible, that Joab ever climbed the rocky shaf without aid from within” (Q. St. 1878. 185).

Y esta misma dificultad reconoce también G. Duncan (1). Nadie por tanto, creemos, osará presentar tal subida como cosa fácil y muy hacedera. Con todo, fuera excesivo declararla imposible, tanto más cuanto que no faltan ejemplos más o menos parecidos. Uno de ellos tuvo lugar precisamente en la misma ciudad de Jerusalén.

Refiere Mrs. Finn (2) que en 1834, cuando Ibrahim Pachá se apoderó de Jerusalén, un grupo de fellahin o labriegos de Belén penetraron por una cloaca en la ciudad. Pero este caso, fuera de que no es idéntico, prueba a lo más que tal proceder no es imposible, de ningún modo empero que no sea sumamente difícil.

Dalman (3) pone otro reparo, y es que, aun dado que se hubieran podido vencer todas las dificultades de la subida, Joab, al llegar al extremo superior del túnel, se habría encontrado aun fuera de la ciudad: después de tan audaz tentativa le quedaba por escalar el muro mismo, empresa por cierto nada fácil; y más disponiendo de tan pocos soldados; que de fijo pocos serían los que pudieron seguir túnel arriba al valeroso capitán.

Esta dificultad fuera de gran peso, si constase con certeza que el túnel iba a desembocar fuera de las murallas; pero en este punto andan divididos los arqueólogos, y no parece que nada pueda afirmarse con precisión. El P. Vincent (4), Macalister (5), G. Duncan (6), etcétera, suponen que desde el extremo superior del túnel vertical partía un plano inclinado por donde se llegaba dentro de la ciudad; Weill se contenta con decir que “son (del túnel) débouché supérieur n’ est pas connu” (7). Una cosa es cierta, que Warren no vió la des-

(1) “This vertical shaft is over 40 feet deep; and considering its smooth surface, its narrownes and the irregular occurrence of the holes in the sides, sometimes at large distance apart, would have been no easy matter to climb” (*Digging up Biblical History*, 1931, vol. 2, p. 203).

(2) *The Fellahheen of Palestine*, en *Q St.* 1879, 35. Cf. VINCENT, *Jérus. Antique*, p. 160, donde se aduce el episodio con sus varios pormenores.

(3) *PJB* 1915, 67.

(4) *RB* 1912, 570. El autor se mostraba menos categórico en *Jérus. sous terre*, p. 12 s.

(5) *A Century.*, p. 102, 178.

(6) *Digging*, 2, 204.

(7) *La cité de David*, p. 11. Pero esta ignorancia parece referirse a la desembocadura de la galería en plano inclinado, que penetraría dentro de la ciudad, sin que se haya dado empero con el punto preciso. Es lo mismo que dice G. DUNCAN, 1. c. p. 204.

embocadura del túnel en la parte superior de la colina (1). En tales condiciones lo más prudente sin duda es abstenerse de aducir tal circunstancia como argumento en favor de una u otra teoría. En Tell Adjlul (junto a Gaza) se ha descubierto un túnel no vertical, sino horizontal, que parece desembocar fuera de la ciudad. Esto podría en alguna manera confirmar la opinión de los que piensan que lo propio acontecía en la capital jebusea. Pero bien pudo ser que no hubiera perfecta uniformidad en la construcción de todos los túneles cananeos.

Finalmente mencionaremos una objeción de índole filológica, que tanto Dalman como Albright hacen contra la interpretación que de la frase **בְּצִנּוֹר יָנוּעַ** dan el canónigo Birch y el P. Vincent. Dice Dalman que, de no haberse hallado el túnel vertical, a nadie se le habría ocurrido traducir la usual frase hebrea *naga' be* “tocar algo” por “*tocar por medio de algo*”, y menos aquí, donde en consecuencia de tal traducción viene a faltar el objeto del verbo (2).

Más categórico aún se muestra Albright, quien afirma no hallarse tal sentido en toda la literatura hebreaica (3).

Esta aserción del Dr. Albright, lanzada así en modo tan absoluto, no le es difícil al P. Vincent refutarla citando un pasaje, Ageo, 2,12, donde *naga' be* tiene precisamente el sentido de que se trata. Ciento es que no se aduce sino un solo ejemplo; pero de todas maneras es ello suficiente para que no resulte verdadera la proposición tomada

(1): *Recovery*, p. 244 ss. Narra Warren que a unos 15 m. de altura se encontraron con una grande caverna. De ésta partía una rampa con inclinación de 45°. Después de subir unos 9 m. hallaron otra caverna, que se prolongaba hacia el Sudoeste y el Nordeste. Siendo la primera prolongación impracticable siguieron la segunda. A unos 4 1/2 m. de altura se encontraron con un llano, del cual penetraron en una especie de corredor muy bajo, y después de haberlo seguido por unos 14 m. llegaron a un muro con un agujero, por el cual pasaron al otro lado. De aquí arrancaba una rampa con una inclinación de 45°. Subiendo por ella, a unos 17 m. de altura alcanzaron la extremidad superior. Había allí un muro, y pasando del otro lado se hallaron en un recinto abovedado, de casi 3 m. de anchura, que se adelantaba hacia el Sur por unos 6 m. No salieron al exterior: Desde allí volvieron atrás por el mismo camino (l. c. p. 245-7).

(2) “...dass niemand ohne diesen besonderen Anlass das gewöhnliche hebräische *naga' be*, “etwas berühren, treffen, schlagen” mit “berühren durch Vermittlung von etwas” wiedergeben würde” (*PJB* 1915, 42).

(3) “Heb. *we-yigga' bas-sinnôr* cannot mean “and will reach through the *sinnôr*”, unless we assume that the phrase had in this passage a meaning nowhere else found in Hebrew literature” (*JPOS* 1922, 290).

en toda su universalidad; y como dice el P. Vincent, "à lui seul ce passage ruine l'axiome rigide et trop hâtif de MM. Dalman et Albright" (1). Mas con esto no queda, a nuestro juicio, resuelto de todo punto el problema. Los pasajes donde el verbo *naga'* en el sentido de *tocar* se halla construído con la partícula *bet* prefija al objeto que se toca (2) son muy numerosos (3); por el contrario, ejemplos de esta construcción, en los que dicha partícula tenga la fuerza de *por medio de* podemos sin temeridad creer que no existe sino uno sólo, al menos que uno sólo conoce el P. Vincent, pues de haber tenido noticia de otros es de suponer que no habría dejado de mencionarlos. La conclusión es obvia: a menos de atravesarse razones poderosas en contra, 2 Sam. 5,8 debe interpretarse en armonía con la casi totalidad de los pasajes donde se halla la misma construcción, y no conforme al único pasaje que constituye una excepción a la regla general. Sin duda es posible que el significado que tiene la referida construcción en un caso, se le diera también en otro o en otros; y así en virtud de la filología no cabe declarar imposible la significación *por medio de* en 2 Sam., pero sí se puede y se debe tenerla por improbable. Formulada la conclusión en estos términos parécenos que ninguna objeción sería cabe hacer contra la misma.

De lo dicho creemos poder sacar al menos esta conclusión: Que

(1) *RB* 1924, 361.

(2) Nótese el modo cómo formularon la proposición. No decimos que *naga'* en el sentido de *tocar* nunca se construya con otra preposición, v. gr., **לְ** o **לַ** (Cf. Num. 4,15; 3 Reg. 6,27; Is. 6,7): lo que afirmamos es que todas las veces —con excepción de un solo pasaje; véase lo que decimos luego en el texto— que dicho verbo en el sentido referido se construye con *bet*; esta partícula afecta al objeto tocado, no al objeto por medio del cual se toca. No vale, empero, si al verbo se le da el sentido propiamente de *herir*.

(3) Pueden verse en los diccionarios, p. ej., en el *Hebrew and English Lexicon* de Br.-Dr.-Br., de donde los copiamos—después de haberlos verificado para comodidad del lector: Gen. 3,3; 32,26.33; Ex. 19,12.12.13; 29,37; 30,29; Lev. 5, 2,3; 6,11.20; 7,19; 11,24.26.27.31.39; 15,7.10.19.21.22.27; 22,4, etc., etc. (total en Lev., según el *Lexicon*, 27 veces); Num. 16,26; 19,22, etc. (total en Num., según el *Lexicon*, 9 veces); Deut. 14,8; Jud. 6,21; 2 Sam. 23,7; 3 Reg. 6, 27,27; 19,5,7; 4 Reg. 13,21; Est. 5,2; Dan. 8,5,18; 10,10,18; Lam. 4,14. En vista de este número de pasajes alguien tal vez se maraville de la observación del P. Vincent: "Mais d'une part le nombre des exemples bibliques de ... בְּ נִגְעָה n'est pas aussi considérable qu'on le laisse entendre" (*RB* 1924, 361); tanto más si se considera que de todos estos ejemplos uno sólo (Ag. 2,12) representa la interpretación sostenida por el R. P.; todos los demás le son contrarios.

la identificación del *sinnor* de 2 Sam. 5,8 con el túnel vertical del Ofel dista mucho de ser tesis demostrada; y que, si no queremos llegar al punto de afirmar con Dalman que el texto sagrado sencillamente la excluye (1), debemos empero reconocer que dicho texto en nada la favorece, antes difícilmente cabe armonizarlo con la misma. Cuanto a la interpretación positiva de la voz *sinnor*, lo más probable es que indica un *miembro del cuerpo*: certeza, empero, en este punto, dado el estado actual de nuestros conocimientos, no es posible.

ANDRÉS FERNÁNDEZ

Jerusalén.

---

(1) “Ein Glück dass der biblische Bericht von der Eroberung der Zionsfeste dies (la subida por el túnel) nicht verlangt, sondern geradezu ausschliesst” (*PJB* 1915, 67).